CAPITULO XIII.

EL PUBLICO Y LOS BENEFICIADOS.

ROMERO del Campo se preparó un beneficio para él y otro para María del Cármen apenas habia dado algunas funciones.

Romero agotó los recursos de lo que él llamaba su dignidad de artista, para que el público ilustrado tuviera la bondad de hacer justicia á su mérito.

Mandó imprimir, sobre vitela, una docena de rimbombantes dedicatorias, con el carácter de *exclusiva* cada una de ellas: envió una *al comandante de las armas*, otra *al*

gobernador, otra *al español mas rico del comercio*, y así las demas á las personas mas notables y acomodadas.

En los carteles dedicó la funcion á los artesanos, á la guarnicion, al comercio, á los españoles, á los potosinos, al bello sexo y al ayuntamiento.

Envió las localidades bajo cubierta y rotuladas á cuantas personas fueran capaces de hacer el sacrificio de ir al teatro por no hacer una descortesía; y cuantas localidades le devolvian otras tantas rotulaba de nuevo; pues como hombre de experiencia habia comprado tres sobres para cada invitacion.

—Es necesario moverse, decia, ya fatigado de haberse movido tanto. En primer lugar, que hablen mucho los periódicos: rogar á los redactores que admitan mis párrafos en que pruebo con hechos que soy un artista nacional y que Talma será mas antiguo pero no mejor que yo. Que los periodistas desquiten su luneta lo menos con ocho párrafos laudatorios y preventivos.

En segundo lugar, enviar las localidades, y si las devuelven, otra cubierta y á otro, hasta llenar la casa; y las últimas mandarlas á las siete de la noche para que no haya lugar á devolverlas.

No olvidar la música de viento.

Dos docenas de pichones.

Diez pesos de flores.

Seis clases de poesías arrojadizas, de diferentes autores.

—Pico, mira á N. para que vea á H. para que le ruegue á R. que escriba una poesía para mi beneficio. Con

la voz de que todo el teatro está tomado, y de que ya no se consiguen localidades por ningun precio. Pide al ayuntamiento permiso para colocar sillas en el *patio*.

—¡Pero si no se han vendido ni veinte boletos!

—¡Inocente! pidiendo esa licencia, el público se muere; todos creen que ya no hay asiento y entonces es cuando á todos les ocurre tener asiento, porque mientras los hay no los piden.

—¡Ah! ya caigo.

—Eres bisoño; yo llevo catorce años de pisar las tablas y sé mover las teclas; y el público hace justicia á mi mérito, porque yo no pido mas que justicia, ó me quito el nombre! El público tiene el deber de recompensar dignamente los afanes del arte, y yo soy un artista nacional con orgullo, porque le doy honor á la carrera, y levanto la frente, porque sé cumplir con mis deberes de artista caballerosamente y sin bajezas, ni farsas, ni humillaciones. Rotula, Pico, esos palcos.

—Espero pluma en ristre.

—Señor Doctor Don Luis.....

—No es doctor.

—No le hace; y á este otro: *Señor Licenciado*.....

—Ya caigo, dijo Pico; y al Coronel *Sr. General D*....

—Eso es, hombre; no piensas en que por enseñar la cubierta no devuelven la localidad?

—Tienes mucha razon.

—Conozco á mi gente.

—Y yo no acabo de conocerte á tí, pensó Pico.

—Haz colocar mi retrato en el pórtico, tres dias antes de la funcion.

—Y despues de todo esto, ensayamos? preguntó Pico.

—No, ¡qué ensayar! lo primero es *mover el beneficio*, hacer ruido, *embullar* lo mas que se pueda, porque es necesario que se haga justicia.

—Pero el drama va á salir detestable.

—Yo lo salvo, ya sabes que con mi aplomo.....

—Sanchez no quiere hacer el papel.

—Suprimimos el papel.

—¡Pero hombre!

—¿Y qué importa un personaje mas ó menos? No tiene mas que medio pliego el papel.

—Pero ya está en el reparto.

—Pues que las palabras que debia decir Sanchez, las diga Salazar.

—Pero Salazar y Sanchez tienen un diálogo.

—Vuélvelo monólogo.

—Es que se pelean.

—No le hace, que riña Salazar consigo mismo.

—Y se baten.

—¿Se baten?

—Sí.

—Pues *atájale* al original, échale abajo todo eso, es muy *pesado*, no hace falta la escena, es una barbaridad del autor.

—Bueno, dijo Pico y agregó: Dice el maquinista que no hay plaza de San Marcos.

—¿Pues qué hay?

—Nada mas selva corta.

—Pues esa.

—Es que en el original dice *«en esta plaza.»*

—Corríjelo y pon *«en esta selva corta.»*

—Bueno; y no hay trajes mas que para cuatro comparsas y tú pides doce.

—Por supuesto. ¿Cómo en una funcion de visualidad, en funcion de beneficio mio habian de salir cuatro comparsas?

—¿Pues cómo se visten?

—¿Hay cuatro trajes?

—Nada mas.

—¿Son guerreros?

—Sí.

—¿De armadura?

—Sí.

—Pues los otros ocho de blusa; ahí debe haber ocho blusas coloradas.

—¿Pero en Venecia? hombre!

—¡Qué sabe el público! el caso es que haya mucha gente y mucha visualidad sobre las tablas, que se me llene el foro, para que cuando yo salga con la bandera.....

—Y á propósito, ¿cómo es esa bandera?

—La bandera nacional.

—¿Tricolor?

—Sí, hombre, no ves que es funcion de beneficio y al verme empuñando la bandera nacional, el público se en-

tusiasma, porque le toco la fibra del patriotismo, y aplaude y entonces vienen bien los versos y las coronas?

—No habia caido en cuenta; quiere decir que no se hace la bandera como lo dice el autor.

—No, hombre: ahí tenemos bandera, y en tratándose de bandera que entusiasme, pues la mexicana, chico, la bandera de mi querida patria.

—Sí, es cierto.

—Vas á ver qué beneficio, como yo acostumbro, espléndido, como para un hijo del país.

Pico obedeció fielmente á Romero.

—Es necesario, agregó este, que yo interrumpa la representacion en la escena aquella en que me presento con la bandera.

—¿Para qué?

—Para leer mi poesía, para dirigirme al ilustrado público potosino y excitarlo á que premie mis afanes de artista nacional.

—¡Lástima de escena!

—¿Qué estás diciendo? ¡bárbaro!

—Que le quitas todo el efecto á la pieza.

—Tú no sabes nada, hijo mio, no tienes intuicion dramática! no conoces los grandes efectos teatrales de visualidad y de sensacion: ese momento que tú crees precioso para la comedia, lo creo yo á propósito para dirijirme al público con mis versos; ya sabes que sé darles la entonacion dramática y el brio necesario, y sobre todo, que con esos versos he arrancado siempre nutridos aplausos.

—Hazlo todo como quieras. ¡Ah! y me pregunta el corneta-piston que clase de toque ha de dar por dentro cuando se anuncia el triunfo.

—¡Pues qué toque ha de ser, hombre! ¿Es de triunfo? pues diana.

—¡Pero en Venecia!

—Pero se trata del beneficio; y en mi beneficio todo lo nacional; ya sabes, yo amo á mi país sobre todo, y soy gloria del arte.

—¡Está bien, hombre! ¡está bien!

—Conque listos, á *mover el beneficio*, que no nos quepa la gente; mucha visualidad, mucha bullanga y mucha conciencia para el trabajo; á recoger laureles y pesetas.

Romero salió á la calle; á la puerta de su casa encontró una persona.

—Vaya usted con Dios, señor licenciado, ¿á donde bueno? le dijo Romero.

—Al tribunal, Sr. Romero.

—¡Bien! y á propósito ¿ya tiene usted localidad?

—¿Para qué?

—¡Como para qué! para la gran funcion de mi beneficio.

—¿Cuándo?

—¡Hombre, licenciado, pues es usted el único que lo ignora en todo San Luis! ¿Cómo cuando? pasado mañana; yo mismo he rotulado la invitacion de usted, porque ¿cómo habia usted de faltar á mi funcion de gracia? ¡pues no faltaba mas! No señor, los amigos por delante, señor licenciado; ¡ya verá usted que funcion! ¡no se ha visto jamas

en el teatro cosa igual, va á hacer época! Amigo, si yo sé mover las teclas y disponer una funcion monstruo de gran visualidad, de gran interes dramático, de gran mérito artístico y digna del ilustrado público.

—Pues tendré mucho gusto.

—Lo espero á usted sin falta.

—¡Bueno! allá nos veremos.

—Hasta pasado mañana, licenciado.

—¡Hola! Sr. Romero, ¿que dice esa funcion? le dijo un español á Romero.

—En manos de ustedes los españoles, los hijos del Cid, los padres de la literatura dramática nacional, ustedes dirán; yo he dedicado mi funcion á los españoles; vamos á ver como se portan; yo no comprometo á nadie ni veo mas interes que la gloria del arte y el crédito de cultura de que goza esta sociedad.

—¡Bueno, Romerote, bueno! por mi parte ya sabe usted que la tienda y el dueño están á sus órdenes. Véngase á tomar una copa de Jerez seco superior que acabamos de recibir de Tampico.

—¡Pero hombre!

—Nada, nada; á salud del beneficio.

Romero fué á tomar la copa de Jerez.

—Aquí está el beneficiado, dijo otro español.

—¿Qué hay, D. Pancho? ¿qué tal?

—Aquí dándole; ¿y ese beneficio qué tal va?.....

—Como en manos de los españoles; ya se deja entender que no habrá un asiento vacio pasado mañana; no por

mí sino por la gloria del arte, y porque mi señora nació en la tierra de ustedes.

—No parece española.

—Pues no me cabe duda.

—Pues allá vamos á silbarle á usted, Romerote; llevaré á mis muchachos armados de pitos ó de llaves; ya tengo la mia, vea usted.

—Todavía no me sucede un percance de ese género; ¡Dios me libre! sobre que por eso me mato en el trabajo; soy esclavo del estudio y..... ya ustedes lo ven ¡qué servicio de escena! ¡qué visualidad!

—¡Ah! sí.....sí..... dijeron los españoles de la tienda.

—A su *salú*, Romero.

Y el patron apuró su copa en union de Romero y de los otros amigos.

Romero siguió despues haciéndose presente en todas partes y *alborotando su beneficio* hasta el momento de levantar el telon; saliéndole todo á pedir de boca y tal como se lo habia figurado; aunque en el último resultado pecuniario sacó en limpio que mas habia sido el ruido que las nueces.